

# Louis Armstrong

Por Madeleine Gautier

La cosa más extraordinaria, y que tiene sobre el público un poder magnético, es ver a Louis Armstrong vivir su música, porque establece un clima con su propia temperatura. Cuando canta, por ejemplo, su mímica no es solamente expresiva, sino que cuadra rigurosamente con las palabras que pronuncia, con tal precisión que incluso aquellos que no saben el idioma captan aproximadamente lo que él canta. Y estas palabras que pronuncia, cuentan poco al lado del canto interior con que las aumenta. Cuando toca la trompeta modela el sonido por medio de esa vida musical que lo anima, esa fuerza interna que lo quema, ese soplo genial que pone a su merced todo medio de expresión. Armstrong es siempre el mismo, si, pero siempre diferente. Nada se interpone entre él y aquel que le escucha mirándole, o le mira escuchando.

Este hombre es una fuente de cosas extrañas, siempre triunfante, grave, lleno de humor o de majestad. Pasa o hace pasar al auditor a un incesante reflejo de impresiones extraordinariamente vivas y profundas. ¿El público le pide el *St. Louis Blues*? Lo toca, pero la interpretación que le da será completamente diferente de aquella que se espera o ha tocado el día anterior. Y si es la misma, será diferente porque Louis Armstrong la tocará y cantará según el estado interior del momento.

Por muy bella que sea la música de Armstrong (cante y trompeta), sobrepasa el cuadro de las armonías, de las frases, y de todo aquello que, en la música, es aún materia. Traslada al auditor muy por encima del sonido, en ese dominio donde la materia, por más perfecta que sea, todavía parece pesada, demasiado ruda, y traslada a profundidades a las que uno había ignorado poder llegar. Ver a Louis Armstrong en escena, es acercarse a su ingenio y penetrar en un dominio ayer inexplorado y hoy nuevo. Tomad sus dúos con Velma Middleton. Se les puede escuchar interpretando veinte veces *That's My Desire*, será tantas veces una interpretación diferente, donde cada uno formará un todo, una entidad, como dos hermanas gemelas



Arvell Shaw

que se pueden confundir a primera vista, y que nos extraña haberlas podido confundir cuando se las conoce mejor.

En los más insignificantes detalles de un espectáculo, Louis se renueva sin cesar. Según la inspiración del momento variará la presentación de un número, añadirá una breve frase después de un coro, remarcará las palabras con una apreciación, con un gesto, con una mímica que os dirá ampliamente lo que no sabíais el día anterior, y él estará siempre allí insinuando un pasaje con un salto en dirección a la batería, subiendo al estrado, doblando las rodillas y apretando los codos al cuerpo, dando un paso flexible y rítmico hacia uno de sus músicos con la cara iluminada con su

Si quiere estar informado sobre la actividad jazzística mundial adquiera siempre la revista

«Club de Ritmo»

deslumbrante sonrisa. Después rápido y grave cuando emboca su trompeta, dirigiéndose lentamente hacia el piano para cambiar de pañuelo o humedecerse la garganta con un poco de agua, levantando los ojos hacia las cuerdas que hay en la parte superior del escenario, bajando luego los párpados a través de los cuales resbala una mirada surgida de lo más profundo de su alma, enjugándose la cara con un aire ausente mientras escucha a sus músicos, saltando, felino, siempre presente de todo su ingenio, inaccesible y sin embargo tan cerca del que le está escuchando, dominador y no obstante tan lleno de abandono, con infinita ternura, terrible de potencia, sabiendo hacer vibrar cada una de sus propias fibras y las del público. Louis Armstrong personifica esa música de Jazz a la que se ha entregado, dándole esa imagen viva de toda una raza, de todo un pueblo que sufre, en espera como todos nosotros, de un mundo mejor como él sabe dar a entender cada vez que se presenta ante el público.

Trad. C. Madrid